



Ven
a Cristo hoy

Número 85

La voluntad de Dios para salvar
... la maldad humana traspasa
los límites del asombro.

La capacidad de Dios para salvar



“La mano del Señor no es corta para salvar, ni es sordo su oído para oír. Son las iniquidades de ustedes las que los separan de su Dios. Son estos pecados los que lo llevan a ocultar su rostro para no escuchar” (Isaías 59, NVI).

Una descripción tan concisa y al mismo tiempo rotunda de una sociedad corrompida por el pecado, y que parece extraída de un periódico actual, es la que el profeta Isaías hace sobre su comunidad. Un pueblo que había sido favorecido maravillosamente por Dios con Sus cuidados, prosperidad y milagros; sin embargo, expresó neciamente su repudio y su rebeldía.

Tanto la clase dirigente, reyes, príncipes, incluso la línea sacerdotal, se habían corrompido por completo, otorgándose a sí mismos toda clase de licencias y privilegios sin importarles las consecuencias que tanto pecado y rebeldía traerían sobre sus propias vidas y la nación. A la injusticia social y la corrupción religiosa sobrevino la indiferencia del pueblo, el alejamiento de Dios y el retorno a los viejos e inútiles ídolos cuyo culto había ocasionado esa separación.

Como suele suceder frecuentemente, sobrepasado el respeto y la compasión por el prójimo, la maldad humana traspasa los límites del asombro y entra en una crueldad incontenible contra la vida humana:

“Tienen las manos manchadas de sangre y los dedos manchados de iniquidad. Sus labios dicen mentiras; su lengua murmura maldades. Nadie clama por la justicia, nadie va a juicio con integridad. Se confía en argumentos sin sentido, y se mienten unos a otros. Conciben malicia y dan a luz perversidad... Sus obras son obras de iniquidad, y sus manos generan violencia. Sus pies corren hacia el mal; se apresuran a derramar sangre inocente. Sus pensamientos son perversos; dejan ruina y destrucción en sus caminos. No conocen la senda de la paz; no hay justicia alguna en su camino. Abren senderos tortuosos, y el que anda por ellos no conoce la paz”.

Por supuesto, no todas las personas adhieren a este tipo de conducta, pero sí pueden convertirse en víctimas o en cómplices pasivos.

Aun así Dios dice: “Mi mano no es corta para salvar”. Es como si nos dijera: “no desesperen hijos míos; vuélvanse a mí; les amo y les ofrezco mi salvación”.

Reconocimiento y confesión

*“Por eso el derecho está lejos de nosotros,
y la justicia queda fuera de nuestro alcance.
Esperábamos luz, pero todo es tinieblas;
claridad, pero andamos en densa oscuridad.
Vamos palpando la pared como los ciegos,
andamos a tientas como los que no tienen ojos.
En pleno mediodía tropezamos como si fuera de
noche;
teniendo fuerzas, estamos como muertos.
Todos nosotros gruñimos como osos,
gemimos como palomas.
Esperábamos la justicia, y no llegó;
¡la liberación sigue lejos de nosotros!
Tú sabes que son muchas nuestras rebeliones;
nuestros pecados nos acusan.
Nuestras rebeliones no nos dejan;
conocemos nuestras iniquidades”.*

Finalmente llega la gran confesión: *“Hemos sido rebeldes; hemos negado al Señor. ¡Le hemos vuelto la espalda a nuestro Dios!”*

“Hemos negado al Señor”. ¿Cómo tener fe en Dios, si le estamos negando? ¿Cómo presentarnos delante de Él si le damos la espalda? Y hasta parece que:

*“Fomentamos la opresión y la traición;
preferimos las mentiras concebidas en nuestro corazón.*

*Así se le vuelve la espalda al derecho,
y se mantiene alejada la justicia;
a la verdad se le hace tropezar en la plaza,
y no le damos lugar a la honradez.
No se ve la verdad por ninguna parte;
al que se aparta del mal lo despojan de todo.
El SEÑOR lo ha visto, y le ha disgustado ver
que no hay justicia alguna.
Lo ha visto, y le ha asombrado ver
que no hay nadie que intervenga”.*





Dios todavía quiere perdonar y salvar

“El Redentor vendrá a Sión; ¡vendrá a todos los de Jacob que se arrepientan de su rebeldía! —afirma el Señor—. En cuanto a mí —dice el Señor—, éste es mi pacto con ellos: Mi Espíritu que está sobre ti, y mis palabras que he puesto en tus labios, no se apartarán más de ti, ni de tus hijos ni de sus descendientes, desde ahora y para siempre —dice el Señor”

(Isaías 59:20-21).

La misericordia de Dios con los humildes

*“Dios se opone a los orgullosos,
pero da gracia a los humildes.
Humíllense, pues,
bajo la poderosa mano de Dios,
para que él los exalte a su debido tiempo.
Depositen en él toda ansiedad,
porque él cuida de ustedes”
(1 Pedro 5:5-7, NVI).*



Un monarca humillado

El rey egipcio (faraón) era considerado tanto por sí mismo como por sus súbditos, un dios o descendiente de una deidad. Era una persona cuya autoridad no podía discutirse y a la que el mundo debía someterse obedeciendo sus decretos o caprichos.

“Entonces tú le dirás de mi parte al faraón: ‘Israel es mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo para que me rinda culto, pero tú no has querido dejarlo ir’” (Éxodo 4:22-23, NVI)

Cuando Moisés se presentó ante él para reclamar la libertad del pueblo de Israel, que vivía sometido a un régimen de esclavitud, el faraón caviló entre la ira y la perplejidad. ¿Cómo que el Dios de Israel le ordenaba a él, el dios de Egipto dejar ir a Su pueblo?

Los israelitas llevaban más de cuatrocientos años viviendo en Egipto, primero como invitados, más tarde como huéspedes indeseables y finalmente como mano de obra esclava.

Ante la negativa del faraón, Moisés amenazó con serias represalias que al principio el monarca ignoró. Las diversas plagas llegaron para la inquietud de sus vasallos. Y, a medida que se sucedían, el faraón trató de fingir que accedía, pero a último momento cambiaba de opinión.

Finalmente llegó la amenaza de que todos los primogénitos del país morirían si el faraón no liberaba a Israel. En la cumbre de su soberbia, el faraón una vez más decidió no someterse al Dios de los hebreos. “Yo he pecado”, dijo a último momento. Pero era demasiado tarde, su hijo primogénito había fallecido durante la noche. Más aun, el faraón había perdido totalmente el control de la situación. Aun su propio pueblo rogaba a los israelitas que se marcharan, y hasta les regalaban sus joyas y tesoros, con tal que cesaran las terribles plagas que habían desolado el país.

¡Cuánta tragedia, tristeza y desolación ocasio-



na la desobediencia y resistencia a Dios! Aun sin las características monumentales de la tragedia que vivió el rey y el pueblo de Egipto, millones de vidas sufren las consecuencias de su rebelión contra el SEÑOR.

Así sufren sus taras los hijos de alcohólicos y drogadictos, sus pobreza y miserias los hogares de los que transgreden las leyes de la naturaleza y la moral. Y en la medida que el ser humano alza su puño contra el cielo, descarga sobre sí mismo, su hogar y aun sobre la sociedad las peores consecuencias.

“No se engañen: de Dios nadie se burla. Cada uno cosecha lo que siembra” (Gálatas 6:7, NVI).

Pero aun en nuestro peor estado de rebeldía, Dios nos ofrece Su amor, Su misericordia y Su perdón si nos arrepentimos sinceramente, y depositamos en Él nuestra fe para ser salvos.

Los religiosos son hipócritas

Muchas veces las iglesias y sus creyentes reciben duras críticas por parte de los no religiosos. Su acusación más común es: “Los religiosos son unos hipócritas”; ¿y saben qué? Lamentablemente en muchos casos, muchos más de lo que nos gustaría reconocer, tienen razón. Porque también en muchos casos la iglesia y los religiosos hemos caído en la trampa del fingimiento, de la apariencia de piedad, aunque el corazón esté entenebrecido por los más oscuros pecados. Pero aun los religiosos hipócritas tienen la oportunidad de arrepentirse y ser salvos.

Un religioso hipócrita es transformado por Jesús

Un hombre que hoy es recordado como un santo varón, fue en su época un religioso hipócrita, perseguidor de cristianos, que asentía cuando eran condenados a muerte y los buscaba más allá de los límites de su propio país. Cuando Esteban, el primer mártir cristiano iba a ser ejecutado, Saulo de Tarso (hoy conocido como el apóstol Pablo) escuchó el conmovedor discurso defensivo de este auténtico cristiano. Saulo no solo dio su voto aprobando su ejecución (que murió perdonando a sus verdugos), sino que se dedicó con mayor ahínco a perseguir y capturar cristianos:

“Saulo, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas de extradición para las sinagogas de Damasco. Tenía la intención de encontrar y llevarse presos a Jerusalén a todos los que pertenecieran al Camino, fueran hombres o mujeres. En el viaje sucedió que, al acercarse a Damasco, una luz del cielo relampagueó de repente a su alrededor. Él cayó al suelo y oyó una voz que le decía:

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

—¿Quién eres, Señor? —preguntó.

—Yo soy Jesús, a quien tú persigues —le con-



testó la voz—. Levántate y entra en la ciudad, que allí se te dirá lo que tienes que hacer” (Hechos 9:1–7, NVI).

Saulo disfrazaba su odio contra los cristianos con una actitud ultrareligiosa. ¿Pensaba que acabando con la secta de los cristianos podría borrar de su conciencia la muerte del joven Esteban? Pero ese día, el rebelde e impetuoso Saulo experimentó una transformación tal que ya nunca más fue el mismo. No vaciló en reconocer su pecado:

“Anteriormente, yo era un blasfemo, un perseguidor y un insolente; pero Dios tuvo misericordia de mí porque yo era un incrédulo y actuaba con ignorancia. Pero la gracia de nuestro Señor se derramó sobre mí con abundancia, junto con la fe y el amor que hay en Cristo Jesús” (1 Timoteo 1: 13,14, NVI).

¿Cómo se produjo este cambio tan radical? “No fui rebelde a la visión celestial”, afirmó el apóstol.

No importa la gravedad de nuestros pecados, si estamos sinceramente arrepentidos. La Biblia afirma que Dios, que resiste a los soberbios, dará gracia y misericordia en abundancia a nuestras vidas.



Ven a Cristo hoy
es publicado por
Hispanic Word
58 Steward Street
Mifflintown, PA 17059
hispanic@en-marcha.org
717-436-9275

¿Deseas conocer más del Señor?

Nos reunimos todas las semanas para estudiar la Biblia y aprender más del Evangelio. Estaremos muy contentos de recibirte entre nosotros.



Declaración Internacional de Misión

El Ejército de Salvación, movimiento internacional, es una parte evangélica de la Iglesia Cristiana Universal. Su mensaje está basado en la Biblia. Su ministerio es motivado por amor a Dios. Su misión es predicar el Evangelio de Cristo Jesús y tratar de cubrir las necesidades humanas en Su nombre, sin discriminación alguna.

¿Quién puede salvarnos?

“Porque así dice el SEÑOR, el que creó los cielos;
el Dios que formó la tierra, que la hizo y la estableció;
que no la creó para dejarla vacía, sino que la formó para ser habitada:
Yo soy el SEÑOR, y no hay ningún otro.
Reúnanse, fugitivos de las naciones; congréguense y vengan.
Ignorantes son los que cargan ídolos de madera
y oran a dioses que no pueden salvar.
Fuera de mí no hay otro Dios; Dios justo y Salvador,
no hay ningún otro fuera de mí.
Vuelvan a mí y sean salvos, todos los confines de la tierra,
porque yo soy Dios, y no hay ningún otro”.

(Selección de versículos de Isaías 45, NVI)

